

nancia; las armas vibran con vibración que espanta; las miradas relampaguean relámpagos de ira; las voces de mando y los conjuros de rebelión producen un estruendo en el cual creerías oír carcajadas de epilépticos y clamores de naufragos y mahullidos de tigres y graznidos de cuervos y respiración de voraces incendios, confundiendo con rumor de nubes topantes; la ciudad entera tiene el vértigo de la guerra y se resbala como una sola víctima por el borde oscurísimo de la muerte, al relucir de las cimarras, al chasquear de los látigos, al correr de los bandos, al rugir de los mosquetes, al resollar de los odios, pues parecía haber llegado el día apocalíptico del supremo y último juicio. Imposible que en tal efervescencia no se empuñe inmediatamente al combate y que en tales combates no se pasee inmediatamente la muerte. Los bandos allí no luchan en pro de tal ó cual causa, movidos de tal ó cual razón, sino para desahogar el odio inextinguible sentido por cada cual contra su sendo enemigo. Así, este cuenta la historia de sus contrarios y los execra y jura su exterminio; aquel saquea una casa y reparte sus tesoros como pudiera repartir rico botín de reciente correría; entra un faccioso en casa de su rival y degüella la familia entera sin perdonar ni las mujeres del harem ni los niños de pecho; corre un criminal y pega fuego al edificio que le parece señalado á la quema por recuerdos y resentimientos añejos; cada cual se apercibe á la ofensa y á la defensa; surgen las barricadas como cráteres de otros tantos volcanes; empuñanse las luchas parciales al arma blanca, á brazo partido, cuerpo á cuerpo; los combatientes respiran odios horribles; la matanza siembra víctimas por todas partes; los heridos se quejan y los victoriosos rugen; lanzan sus últimos estertores los moribundos; y de montones hacinados de cadáveres salen como arroyos de sangre, iluminándose todo del chispear de los fogonazos y del relucir de los incendios, como si hubieran desentrañado al infierno para verterlo sobre la tierra. Y, entre tanto, Hacem y Zoraya, recostados en cojines de damasco, miran á Granada y el esplendor incomparable de su vega y de su cielo.

—Siempre ha sido el paraíso; desde hoy será el paraíso del amor.

Dice el Sultan.

—¿No oyes disparos? ¿No nos trae el aire gritos? ¿No vibran en tus oídos las lanzas? ¿No llega hasta tí un rumor siniestro?

Preguntó la favorita al Sultan.

—Algaradas de la ciudad, contiendas civiles frecuentes en sus barrios.

Respondió con verdadera indiferencia el Sultan, como si no comprendiese que todo aquel tumulto se dirigía contra el sitio en que estaba y contra la hermosura que tenía á su lado.

—Terrible cosa ser sultan, y encontrarse expuesto siempre á tales guerras; con el alma pendiente de un hilo; con la existencia propia vendida y vendida también la existencia de las personas queridas. ¿No es verdad que

debe ser cosa difícil de soportar en los hombros la carga de un Estado y en las sienes el peso de una corona?

—Muy difícil. ¿Tú no quisieras ser sultana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque para ser sultana, deberías tú ser sultan.

—Y si yo fuera sultan ¿qué?

—Si fueras tú sultan, tendría yo celos de Granada.

—¡Celos!

—¡Oh! los tengo de la flor que hueles, porque me roba parte de tu aliento; y del ave que miras, porque me roba parte de tu mirar.

—Sois muy celosas, vosotras, las cristianas.

—Lo somos; y por eso no consentimos que el amor reservado para nosotras pueda compartirse con ninguna otra mujer.

—Miren la cristiana. Ya sabes que en la tierra no hay mujer, ni en el cielo hurí, capaces de competir contigo.

—¿Por qué, por qué no abrazar mi religión, la cual nos uniría indisolublemente en esta vida y en la otra vida?

—Mil veces te dije que pedirme esto equivale á pedirme la muerte.

Al decir semejantes palabras el terrible fragor se aumenta y se acerca; á la puerta de la estancia, donde están los dos amantes, suenan fuertes golpes; y una voz grita:

—Sultan, Sultan.

—¿Quién me llama?

Responde con verdadera indignación el Sultan.

—Hacem, Hacem.

Grita otra voz con angustia.

—Dios mio, exclamó Zoraya levantando los ojos al cielo, ahora lo comprendo todo. Tú el Sultan, tú Hacem.

—Yo, yo; vida mia.

—¡Oh, Dios mio! estoy perdida.

Y un sollozo horrible partía el corazón de Zoraya.

—¿Por qué? ¿Por qué? vida mia.

—Y lo revelas cuando ya no tiene remedio.

—¿Qué quieres?

—De saber que eras el Sultan, hubiese ántes mil veces abierto mi pecho á la muerte, que al amor.

—Ya no tiene remedio. El hado se ha cumplido inexorablemente en nosotros como en las últimas criaturas. Desde las eminencias del trono te ví en las mazmorras de la servidumbre y te amé. Has caído en mis manos y no puedes, no, de mi lado separarte, ni en esta ni en la otra vida.

—Hé ahí, Hacem, la causa de mi tristeza. En la ruina de todos los objetos caros á mi corazon, salvóse como por milagro el culto al Dios de mis padres. La voz de mi conciencia me dice á gritos que por ese culto vamos en este mundo á la felicidad y en el otro mundo á la bienaventuranza. Soñé con hacerte cristiano para que ni la otra vida pudiera separarnos. Y ahora comprendo con cuánta razon me decias que proponerte el convertirte, era tanto como proponerte el morir. Un sultan, por motivos incontrastables, no puede ser lo que podria ser el último mahometano, converso. Déjame llorar mi pena hasta enternecer, si fuera posible, las piedras de este pavimento. Déjame dolerme de haber puesto mi pensamiento en quien tiene ocupado el suyo en cosa tan grande como el granadino reino. Déjame quejarme de que en mi corazon solo quepa el amor á tí, mientras en tu corazon solo cabrá el amor á Granada. Déjame reconvenirme por no haber adivinado cómo tu grandeza jamás podria concederme el título honroso de esposa, sino el despreciable de manceba. Déjame herir con mis gritos el cielo, ya que en la vida nos separa un harem y en la muerte un sepulcro y en la eternidad una creencia. Preferiria mil veces haberme encontrado en el camino de la vida, al último jornalero de la vega ó al último mercader del Zacatin para amarlo con el amor que siento por el rey omnipotente de Granada. En pobre cabaña podia estar siempre junto á mi amado; en estos inmensos palacios todo nos separa, desde la distancia material en nuestras habitaciones, hasta la distancia moral en nuestras dignidades. Y luego, renunciar á que tengas mi fé, es tanto para mí como renunciar á la prueba única de la intensidad de tu amor. Virgen, Virgen Madre, intercede con tu Hijo y mi Dios para que perdone á esta cuitada.

Y al mismo tiempo que Zoraya decia estas palabras entrecortadas con amargos sollozos, la rebelion lanzaba los mas siniestros rugidos; y á la puerta de la cámara real se redoblaban los golpes y se oian llamamientos llenos de angustia al Sultan y á su autoridad.

—No puedo ocultarte cuanto sucede, Zoraya, por lo mismo que estoy decidido á morir á tu lado. Ese rumor, que avanza, indica tempestuosa nube de cólera, próxima á descargar sobre mi frente. Granada cree que su rey, que su caudillo, que su defensor se ha pasado á la legion de esos nazarenos cuyas palabras la ofenden, cuyas espadas la hieren, cuyas huestes la devastan. Y alzada en armas, viene aquí á pedirme cuenta de este atentado á sus leyes, que de ser verdad, fuera grave siempre, y mucho más grave en estos dias de dolor y desventura. Zoraya, nada podria complacerme tanto como seguirte, no ya en tus creencias, en tus supersticiones. Donde quiera que te encuentres, se encuentra el cielo contigo. Pero tienes razon, el destino me colocó en el trono. Y en el trono debemos nuestra voluntad y nuestra conciencia al pueblo. Abandonar su religion equivaldria á abandonar su corona. Abandonar su corona en esta edad de desgracia equivaldria á una

traicion castigada por la historia con maldiciones horribles, tan horribles como las mismas penas del infierno. No solamente necesitas renunciar á toda idea de convertirme á tu fé, sino que, para salvar mi vida, para salvar mi corona, para salvar mi nombre, para salvar mi honor, necesitas, cuando esa puerta se abra y esa turba ya incontrastable penetre por ahí, proclamar en voz alta que has renegado de tus creencias y que perteneces á la religion de mis padres.

—¡Oh! Jamás, gritó Zoraya, retorciéndose los brazos, pídemme si quieres la vida, tuya es; pero no me pidas el alma, no me pidas una fé que solo pertenecen á Dios.

—No insisto, Zoraya. Lo quieres, cúmplase tu voluntad. Habré pagado un mes de amor con el trono, con la vida, con la honra; no me parece caro. Te he propuesto optar entre tu conversion y mi muerte. Sea. Muremos.

Y Muley se dirigió á la puerta que se bamboleaba. El rumor de la pelea crecia con espantoso crecimiento, porque el motin se aproximaba cada vez más, al mágico palacio. Los gritos de la servidumbre, que toda entera temia un degüello implacable, redoblaban al compás que redoblaba la tonante voz de aquella tempestad. Zoraya comprendió todo el peligro en que su amado se encontraba y se dirigió á la salida de la estancia para detenerle. Mas Hacem, resignado á su destino, le respondió con amarga sonrisa.

—Deteniéndome nada consigues, sino agravar el peligro é impedir la defensa.

—Hacem ¿dónde vas?

—Si me hubieras oido, á la victoria. Me desoyes, y voy á la muerte.

—¿De veras? ¿Tu victoria consiste en mi conversion?

—En tu conversion.

—¡Oh! Perdóname. Pero.....

—No me des mas razones. El deseo de Zoraya prefiere la fé de sus padres á la vida de su esposo; pues cúmplase el deseo de Zoraya. Voy á morir; y me es dulce el morir, vida mia, por tu satisfaccion y tu paz.

—Hacem, Hacem, me matas.

—¿Qué quieres? Para los momentos supremos, se necesitan las supremas resoluciones. Me resuelvo á morir. Solamente, oh Zoraya, te pido que, al espirar, me dejes convertir á tí los ojos y beber en mi último suspiro tu aliento. Adios. Voy á morir; pero no te separes de mi lado. Seguramente me sobrevivirás. Ningun árabe osará poner la mano sobre una dama como tú. Se lo impedirá, además de su propia generosidad, el temor al juicio de sus enemigos. Pero ya que muero por tí, júrame no ser jamás de otro hombre.

—Moriremos juntos. Si no hay quien me mate, me mataré yo misma.

Pero siento la muerte, no por el fin de una vida que desde hoy me será odiosa, sino por el principio de una separacion que ha de ser eterna.

—No hay tiempo que perder; abrámos.

Y Hacem abrió de par en par las puertas. Y en cuanto las abrió entraron Cassim y el esclavo nubio con gran golpe de servidores y de esclavos. Y aun no habian entrado, cuando la pelea se esparció por el ameno jardín, asaltadas todas las murallas. Los enemigos de Hacem subian con ímpetu, y los amigos de Hacem pugnaban por detenerlos. Cada paso costaba un combate, y en cada combate morian á veces todos los combatientes, reemplazados en seguida por otros de refresco, no menos valerosos, no menos exaltados y no menos tenaces. Aixá y Boabdil, la muger y el hijo de Muley, habian escogido el camino cubierto que conducia desde la Alhambra á la quinta, creidos de que iban á recoger la codiciada corona caída de la frente altísima, sobre la cual luciera hasta entonces. Poco despues que los azorados servidores, entraban ellos airosos y triunfantes, como quien corre á realizar una antigua venganza. En cuanto toparon con Hacem, Boabdil se retiró confuso, mientras Aixá se adelantó como una tigre, y mirando alternativamente al Sultan y á la favorita, echó por aquella boca toda suerte de injurias.

—¿Con que el monarca de este reino abrazaba la religion de los nazarenos, convertido por la gracia de esa fregona que lavaba mis tazas y barrera mi cuarto? No contento con entregar nuestro reino á las conversas cristianas, entregaba nuestras almas á los demonios y al infierno. Venid, musulimes, decia volviéndose á cuántos la rodeaban; venid y vereis la muerta resucitada. Morir no sabe la perra; pero sabe matar. Como que ha clavado sus uñas de gata en el corazon de Granada. Como que ha prometido entregarnos á todos, y ya nos ha comprado por unos cuantos besos en los lascivos labios de ese adúltero. Castigo á los malvados y venganza para Alhá; ó no hay ya ni granadinos en Granada, ni musulimes en el mundo. Muley es casado con una cristiana y se ha convertido al cristianismo. Muera Hacem; viva Boabdil.

—Los ojos de los mayores amigos del monarca, centelleaban odio al verlo preso de una cristiana y próximo á convertirse al cristianismo. Los alfanjes relucian siniestramente en las manos teñidas de sangre. Las vociferaciones tomaban el estridor de amenazas. Muley—Hacem, lo mismo que Zoraya, estaban bajo una sentencia de muerte; y todo dependia de aquel supremo instante. Los servidores mas fieles del monarca temblaban á un lado; el tímido Boabdil se acercaba á ellos suspenso de las sendas miradas que le dirigian sus padres; Zoraya gemia junto á Hacem, que elevaba mas la frente á medida que crecia el peligro; Aixá triunfaba, dando á su triunfo los visos de provocacion y de insolencia, congénitos á su altivo carácter y á su exaltado temperamento; los partidarios de esta muger batalladora se conocian en la ar-

rogancia, y los partidarios de Muley en el desmayo, cuando este, movido de inspiracion súbita, se adelantó y dijo.

—Granadinos, me he encerrado aquí para que viérais con vuestros propios ojos y tocárais con vuestras propias manos la familia que tengo. Enemiga la esposa del esposo, enemigo el hijo del padre, además de herir las leyes de Dios, que les mandan acatamiento á mi voluntad, hieren las leyes del reino, revelándose contra su natural monarca y señor. Así me han calumniado y han hecho prevalecer entre vosotros la calumnia. Han dicho que yo tenia una muger cristiana, cuando esta, mi muger, si nacida en el cristianismo, ha abrazado la religion mahometana. Que lo confirme ella misma.

Y Hacem se volvió á Zoraya, mirándola como puede mirar el naufrago la última esperanza de salvacion. Y Zoraya, adelantándose en medio de la estancia, exclamó.

—Es verdad cuanto dice Muley. Soy musulmana. No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.

Jubiloso grito recorrió en un momento desde la estancia del Sultan al jardín de los Aljares, del jardín de los Aljares al jardín del Generalife, del Generalife á la Alhambra, de la Alhambra á la Alcazaba, de la Alcazaba al Albaicin, del Albaicin á Bibarrambla, de Bibarrambla á toda Granada, de Granada á la vega.

—Alfaquíes, santones, jueces, capitanes, ya lo habeis visto. Mi hijo Boabdil es rebelde. Deberia darle muerte; le doy una prision. Mi mujer Aixá es mas rebelde aun. Deberia perderla para siempre; me contento con repudiarla desde ahora y recluirla en la prision de mi hijo. Musulimes, Granada por el Sultan Hacem y la Sultana Zoraya.

Y este grito se repitió por toda la ciudad y por toda la vega, mientras iban Boabdil y Aixá á su dura prision en la torre de los siete suelos.

Y ardió en fiestas á causa de estas victorias amorosas, Granada, que mil veces ardiera antes en fiestas tambien á causa de las victorias guerreras. Cada barrio, así entre los vencedores como entre los vencidos, bien ó mal de su grado, tuvo que festejar igualmente su victoria ó su derrota, y que reirse y regocijarse en público por lo mismo que á la callada se plañia y lloraba los desastres originados en las discordias régias y en las civiles guerras. Granada se pareció á inmenso teatro, palenque de triste duelo, donde los mismos combatientes en una batalla cruentísima tomaban el papel de actores en una farsa ridícula. Quedáronse las tiendas del Zacatin y hasta la posada de los genoveses sin sederia, por los innumerables gallardetes y banderolas que cada familia se vió constreñida á colocar en florestas fingidas por las fachadas de sus casas: que lo hicieron las familias fieles á Hacem por satisfacer su entusiasmo y los infieles por ocultar su despecho. Limpiáronse las armas, todavia humeantes con la sangre recién vertida, para emplearse y

esgrimirse en vanos simulacros y alardes. Procuráronse así los pobres como los ricos aljabas, fajas, marlotas nuevas en cuyos linos ó brocados, combinaron colores varios por singulares modos y esparcieron piedras ó lentejuelas según la categoría de su nacimiento ó la importancia de su riqueza. Los alfanges damasquinos, de cinceladas empuñaduras, de centelleantes hojas, de áureos tahalíes, de filigranadas vainas, de religiosas inscripciones y leyendas brillaron en el escarnio cual otras veces brillaran en la gloria. Salieron por calles y plazas las lanzas mas preciadas, las cotas y coseletes mas ricos, los jaces mas bordados, los trotones mas guerreros. Y junto á estas insignias del valor, veíanse las insignias de la belleza, es decir, los femeniles cinturones cuajados de jacintos, las cofas bordadas de perlas, los atavíos que, demostrando el gusto de las mujeres, demuestran al mismo tiempo el refinamiento de la cultura. Competían las diversas blasonadas tribus en alardes; y las mas contrariadas porfiaban por mostrarse festivas en las fiestas. Así salieron á luz tantos motes y divisas. Los Nazaritas pertenecientes á los reyes fundadores de la dinastía y constructores de la Alhambra, emparentados todos con Muley-Hacem; los Abencerrajes que se imaginaban descender de los primeros auxiliares del Profeta; los Alnayares que mantuvieron en Zaragoza y en Fraga y en Pamplona, el empuje de los Abarcas, de los Berengueres y de los Carlovingios; los Merisanes, que reinaron en Damasco y sostuvieron sobre sus hombros el califato de Córdoba compitiendo con los Abasidas de Bagdad y relacionándose con los emperadores de Constantinopla; los Gazaristas que aun destellan de su linaje los esplendores del nunca olvidado cielo de la Siria; los Zenetas bronceados por los ardores de Africa; los Gomeles, hijos naturales del desierto; los Gazules de Gelulia, los Almoradies de Tánger requirieron á una sus mas queridas armas, limpiaron sus mas empolvados blasones, enjaezaron sus mas bravos caballos, y salieron á cañas, justas, sortijas, zambras y torneos como si Granada reposase en floreciente paz, ceñida de inmarcesibles victorias. Entre tantos blasones no hay que decir campeó, cual campea la luna entre las estrellas, el escudo Alhamar, por todas partes visto en Granada, campo plata que atraviesa barra diagonal celeste á cuyo extremo abren sus fauces dos dragones, y sobre cuyas líneas hay una alabanza al Dios de los vencedores, en recuerdo de aquella aparicion celestial que guió los Almohadés á mil victorias, tan funestas para nosotros los cristianos. Y si las aristocracias ostentaban tales preseas, la plebe con menos lujo, pero con mayor algazara, enardecía las fiestas. Teniendo en poco las sabias leyes de Jussuf que prohibían tales algaradas y resucitando los festejos propios de la Pascua de Alfitra, iban cuadrillas precedidas por tamboriles y dulzainas de un lado á otro lado, ocupadas y entretenidas en tirar á cuantos encontraban al paso esencias, flores, frutas, chucherías y en danzar danzas de una extrema violencia, mientras grupos de guitarristas producían melancólicos arpegios y compa-

nías de juglares jugaban ruidosamente en juegos vistosísimos. En una palabra, la ciudad pasaba de las guerras á las orgías, como suele pasar un borracho del extremo llanto á los extremos regocijos.

No hacía menos la corte. Hacem estaba tan loco de contento por haberse unido á Zoraya como por haber repudiado á Aixá; y quería que todo el mundo participase del estado de su ánimo. En cada casa real había una zambra diversa. Los nacidos no han visto nunca sarao semejante al sarao dado en tibia noche por los salones, por las galerías, por los huertos y jardines del Generalife. Imaginaos aquellos muros tapizados de rosas y jazmines; aquellos árboles varios que en espirales suben desde el riscoso pié á la armoniosa cumbre en la bienhadada colina; las puertas semi-góticas, realzadas con signos de poética bendición y adornadas con ajimeces de áureas celosías; los intercolumnios de alabastro, sosteniendo los arcos de herradura sobre los cuales descansan las techumbres de alerce embutidas en marfil, nácar y metales preciosos; las salas de mármoreos pavimentos, de zócalos compuestos por brillantísimos azulejos, de paredes caladas entre cuyos alcatados se extienden alharacas de plateadas flores y líneas de oro maciso esculpidas y grabadas con poéticas leyendas y armoniosos versos; los arroyos que caen á las albercas por los pasamanos de las escaleras y que por los escalones suben á las alturas en cristalinos surtidores; los pintorescos kioscos los recatados retiros, el mirador bellissimo, comparable á gruta formada de aljófares, ocultos entre los bosques de limoneros y de granados; imaginaos el Generalife teñido por los resplandores de millares de luminarias, poblado por parejas de hermosas moras y apuestos moros, cuyas miradas, al encontrarse, despiden chispas de amor, henchido por las armonías emanadas de ocultas orquestas, que producen notas, las cuales diríanse producidas por cuantos objetos os rodean, animado de la algazara formada por la leila y otras danzas moriscas en cuyos giros el movimiento y el calor comunican los vértigos mas deliciosos de la voluptuosidad y del placer; imaginaos así el Generalife y decidme luego si ha existido ni se ha ideado jamás espectáculo alguno que de esa suerte encienda la sangre y exalte y enloquezca la mente. Aquí, en las sombras, descúbrense algunos cuantos farolillos como aves luminosas venidas de otros mundos á columpiarse en las ramas de los encantados vergeles; allí, en las cascadas desprendidas de lo alto á la ancha alberca, refléjanse resplandores tan sumamente intensos que los tomariais por bajados del sol, capaz de levantarse á un conjuro mágico en la media noche para iluminar tan delicioso sitio; mas allá, en la distribución de los varios reflejos, deslízase como un rayo de luna que esparce poética tristeza, mientras en las salas, en las galerías, en los miradores, por los bordes de los estanques, por las tazas de las fuentes, corren á manera de grecas fantásticas innumerables luminarias de todos colores que confundiriais con piedras preciosas conteniendo una luz sobrenatural en sus resplandecientes